No sólo entre estudiantes o profesores, sino en el pueblo en general, he recogido la impresión de que la lucha entre los “revoltosos” y la política –y más tarde el enfrentamiento con el Ejército–, adquirió en esta ocasión los caracteres de una represión extremada; que hubo un auténtico abuso del poder armado, que se empleó una fuerza desproporcionada y cruel para contener desmanes que, como los calificó el propio Presidente de la República, eran “algaradas en el fondo sin importancia”. La justicia impone que se reconozca que en su raíz no había ningún motivo para poner en entredicho “la tranquilidad de la capital” por causas tan sin sentido. De una parte y de la otra.

Estoy muy lejos de pretender aprobar los actos de provocación inútiles y costosos con los representantes del “orden público”. Los estudiantes han repudiado expresamente estos entrometimientos que aportan la deseada justificación a los extremistas de la represión. Pero aquí se suscita un delicado problema de conciencia que toca resolver a los universitarios. Situados entre la violencia represiva y las infiltraciones de motineros vandálicos, ¿cuál fue el papel del estudiante “auténtico”? ¿Sufrir como víctima compungida y pasiva las arremetidas de infieles a su clase y de ajenos a su grupo? Este expeditivo me convence. No existe, por desgracia, ninguna explicación que desagüe de responsabilidad no pueda dar cumplida cuenta de que sin los “provocadores”, los granaderos y los soldados se hubieran comportado con una delicadeza de damas antañonas o de caballeretes del antiguo régimen. Con mezclas deslindables o no, las corporaciones de represión actuaron con lujo de bestalidad. No se me venga con la inocentada de que si se hubiera enfrentado a puros estudiantes “auténticos” –producto de laboratorio– su agresividad hubiera sido distinta. Por desgracia, la verdad es otra y nada honorable.

En estos artículos me he propuesto equilibrar mi criterio hasta el grado de aceptar que todos los participantes en este asunto me estimen implacable. ¿No se lee en el Eclesiastés, 7, 16, estas palabras?: “No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso; ¿Por qué habrás de destruirte?”. A veces hay que correrse este riesgo. Una cuestión me conturba profundamente que quiero dejar consignada en estas páginas: ¿hubieran reaccionado los universitarios con la cordura ejemplar que lo hicieron –encabezados por su rector, ingeniero Javier Barros Sierra– de no haberse producido previamente esa represión, policíaca y militar, que nadie me impedirá calificar de bestial? Si respondo que sí, se me acusará de “granadero”; si respondo que no, se me dirá que me dedico a corear a los provocadores.

Porque, vayamos al fondo de las cosas. ¿La autonomía universitaria sólo se manifiesta en su entera cordura cuando el Ejército allana los edificios escolares y, hasta antes de que esto se produzca, pacta con la provocación y ejerce alegremente sus desmanes? La gran masa de los universitarios soporta con indiferencia las “algaradas” hasta que el poder público saca con saña los rifles y los “bazookas”. Después se produce la regresión –o una reacción, para ser “correcto” – a la unidad universitaria, a la cordura de la razón, a la sensatez de la protesta. Si se analiza con cuidado este mecanismo de intervención y de abstención –mientras la sangre no llega al río– las conclusiones a mí me parece que son todo, menos edificantes y ejemplares. ¿Quién señala al límite de la tolerancia universitaria empapada de racionalidad? ¿Las masacres policiacas y militares? Como universitario confieso que me siento perplejo. El rector dijo que nunca, como ahora, se había sentido orgulloso de ser universitario. Sí, pero sólo a partir del momento, magnífico, en que le hizo asumir al conglomerado de la institución su fuerza de persuasión moral, pero no antes, cuando andaba revuelto con los provocadores sin lograr expulsarlos de su entraña. ¿Estaré condenado a no convencer?